

En vez de dejar á la discrecion de Juan Rodriguez de Fonseca el nombramiento que mas oportuno le pareciese para la comision de investigaciones que habia de ir á Española, retractaron aquel poder, y nombraron á Juan Aguado.

Juan Aguado fue elegido, porque al volver de Española le habia Colon recomendado altamente al favor real, por lo que se creyó dar al Almirante una prueba de consideracion nombrando para la comision la misma persona de quien él habia expresado opinion tan ventajosa, pues debia suponerse que tendria para con su protector el miramiento que la gratitud reclama.

Fonseca, en virtud de su empleo de superintendente de los negocios de las Indias, y probablemente para halagar su propia animosidad contra Colon, habia detenido una cantidad de oro, que D. Diego, el hermano del Almirante, traia por su propia cuenta. Los soberanos le escribieron repetidas veces, mandándole no detener el oro, ó devolverlo sin demora con explicaciones satisfactorias, y que le escribiese á Colon en términos que pudiera apaciguar la carta el resentimiento que debió haberle causado su conducta. Se le mandó tambien consultar á los recién venidos de Española sobre el modo de complacer al Almirante, y que tratase de conseguirlo en todas sus disposiciones. Sufrió Fonseca con tales prevenciones una de las mas severas humillaciones que puedan herir á un arrogante, cual es la de verse obligado á dar satisfaccion por la altivez de sus procedimientos. Pero esto mismo dió nuevo pábulo al odio que habia concebido contra el Almirante y su familia. Por desgracia, su cargo público y la confianza real que tan injustamente gozaba, le prestaron ocasiones de satisfacer su rencor por mil vias insidiosas.

Mientras se esforzaban así los soberanos en evitar todo acto que pudiera descontentar á Colon, tomaron ciertas medidas para la tranquilidad de la colonia. Mandaron en una carta al Almirante que se limitase á quinientas el número de las personas que debian quedar en Española, siendo estas bastantes para su servicio, y las demas un fardo inútil. Para impedir el descontento futuro respecto á los viveres, mandaron que se repartiesen los comestibles cada quincena; y que no consistiese ningun castigo en acortar ó quitar las raciones, por ser esto fatal á la salud de los colonos, que necesitaban buenos alimentos para robustecerse y no ser víctimas de las enfermedades inherentes á un clima extraño.

Un hábil y experimentado metalúrgico, llamado Pablo Belvis, fue á ocupar la plaza del necio Fermin Cado. Llevaba consigo todas las máquinas é implementos necesarios para minar, ensayar y purificar los metales preciosos; y se le concedió un crecido sueldo á mas de muchos privilegios. Tambien se embarcaron varios eclesiásticos para reemplazar al padre Boil, y á algunos otros sacerdotes que deseaban salir de la isla. La enseñanza y conversion de los indios continuaba llamando mas y mas la generosa atencion de la reina. En los buques de Torres llegaron muchos de ellos, apresados en las recientes guerras de los caciques. Una real orden mandó que se vendiesen como esclavos en los mercados de Andalucía, segun era costumbre hacerlo con los negros de la costa de Africa y los prisioneros hechos en la guerra de Granada. Pero á Isabel la habian interesado profundamente las descripciones del carácter hospitalario y bondadoso de aquellos isleños. Los descubrimientos se hicieron bajo sus auspicios; se creia patrona especial de los pueblos del Nuevo-Mundo, y anticipaba con piadoso entusiasmo la gloria de conducirlos desde las tinieblas á los senderos de la luz. Se resistia su ánimo compasivo á tratarlos como esclavos, á pesar de las costumbres de aquel tiempo. Cinco dias despues de la real orden para la venta, escribieron los soberanos

al obispo Fonseca, suspendiendo aquel mandato hasta que se averiguase la causa por que habian sido los indios hechos prisioneros, y se consultase á los teólogos si seria su venta licita á los ojos de Dios. Muchas opiniones diversas emitieron los doctos sobre este asunto y la reina lo decidió definitivamente segun el dictámen de su ilustrada conciencia y caritativo corazon. Mandó que se volviesen los indios á su pais natal, y que se cautivase la benevolencia de los isleños por medios suaves, y no tratamientos severos. Desgraciadamente llegaron sus órdenes demasiado tarde á Española para conseguir el deseado efecto. Las escenas de guerra y violencia producidas por las pasiones de los colonos y la venganza de los naturales no se habian olvidado. Ninguna medida posterior podia apagar la mútua desconfianza é intensa animosidad que ardia entre ellos.

CAPITULO IX.

LLEGADA DE AGUADO A LA ISABELA. — SU CONDUCTA ARROGANTE. — TEMPESTAD EN EL PUERTO.

(1495).

SALIÓ Juan Aguado de España al fin de agosto con cuatro carabelas, bien provistas de comestibles de todas clases para la colonia. D. Diego Colon volvió á Española en la misma flota. Llegó á Isabel el mes de octubre, mientras ausente el Almirante se ocupaba en restablecer la tranquilidad interior. Aguado, como llevamos dicho, debia favores al Almirante, quien le habia distinguido entre sus compañeros, recomendándole á los soberanos. Pero era uno de aquellos hombres débiles, cuyas cabezas se trastornan á la menor elevacion. Engreído con su pequeña autoridad personal, se olvidó, no solo del respeto y gratitud que debia á Colon, sino que tambien de la naturaleza de su propio cometido. En vez de obrar como un mero agente destinado á recojer informes, tomó un tono de autoridad como si las riendas del gobierno hubiesen pasado á sus manos. Empezó interviniendo en los asuntos públicos; mandó prender varias personas; exigió cuentas de los oficiales empleados por el Almirante; y prescindió completamente de la autoridad de D. Bartolomé Colon, gobernador durante la ausencia de su hermano. El Adelantado, á quien sorprendió tanta presuncion, pidió le manifestase la patente con que obraba: pero Aguado le replicó con arrogancia que solo pensaba mostrársela al Almirante. Despues de un momento de reflexion, para acabar de fascinar el espíritu público respecto del derecho de intervencion que usaba, mandó que las credenciales de los soberanos se proclamasen pomposamente al son de trompeta. Eran aunque breves, muy expresivas, reduciéndose á lo siguiente: «Caballeros, escu»deros y otras personas que por nuestras órdenes estais en las Indias, os enviamos á Juan Aguado, nuestro caballerizo, que os hablará de parte nuestra. Os mandamos darle entera fé y crédito.»

Circularon desde luego rumores de que la caída de Colon y su familia estaba muy próxima, y de que habia llegado un auditor, con poderes omnímodos para remediar los males públicos. Esta voz procedió del mismo Aguado, quien dijo en tono amenazador que iba á hacer rígidas investigaciones y ejemplares castigos. Empezaba pues á lucir el dia del triunfo de la iniquidad. Cada criminal se convertia en un acusador; todos los que por culpa ó negligencia habian sufrido las saludables correcciones de las leyes, clamaban altamente contra el despotismo de Colon. Habia hartos males en la colonia inherentes algunos á su situacion, y otros debidos al mal modo de proceder de los colonos; y todos se atribuyeron á la mala administracion del Almirante, á quien hacian responsable hasta de los males que causaban ellos mismos, y de sus severos medios de curarlos. Todas las quejas in-

veteradas se renovaron contra él y sus hermanos, diciendo, como de ordinario, que eran extranjeros, y que solo tendian á engrandecerse á expensas de los españoles.

Sin talento para distinguir lo que habia de verdadero y de falso en aquellas quejas, y ansioso de condenar, veia Aguado solamente testimonios concluyentes de la culpabilidad de Colon. Hasta dió á entender, y lo creia quizá de buena fé, que el Almirante permanecia lejos de Isabel por miedo de sus investigaciones. En su presuncion hasta resolvía salir con un cuerpo de caballería para buscarlo. El hombre miserable y débil, cuando llega á lograr poder, suele emplear para ejercerlo instrumentos de su propio genero. Los arrogantes y necios subalternos de Aguado hacian cundir por todas partes la voz entre los indios de que su caudillo era un personaje de inmensa importancia, y que pensaba castigar á Colon severamente. Poco tardó en circular por toda la isla el rumor de que habia llegado un nuevo almirante para gobernarla, y que al antiguo se le iba á castigar con la pena capital.

Colon tuvo noticia hallándose en el interior de la isla, del arribo é insolente conducta de Aguado. Inmediatamente se dirigió á Isabel para buscarlo, y Aguado regresó tambien al saber su venida. Como todos conocian el elevado ánimo de Colon, la alta opinion que justamente tenia de sus propios servicios, y el celo con que mantenía su dignidad, auguraban una violenta explosion en la entrevista. Aguado la auguraba tambien, pero escudado en sus credenciales régias, contemplaba los resultados con la audacia de los ánimos pequeños. Las consecuencias mostraron cuán difícil es para las almas bajas y mezquinas prever la conducta de un hombre como Colon, en situaciones difíciles. Su calor é impetuosidad natural se habian templado en una vida de pruebas y desengaños; habia aprendido á hacer las pasiones esclavas del juicio; tenia un concepto demasiado fundado de su propia dignidad para entrar en contestaciones con un charlatan imprudente, y sobre todo, reverenciaba profundamente la autoridad de sus soberanos, porque en su ánimo ardiente, inclinado á respetuosos sentimientos, su lealtad era inferior solo á su religion. Recibió á Aguado, pues, con la mayor cortesía. Aguado repitió la estrepitosa ceremonia de antes, mandando que se proclamasen de nuevo sus credenciales al son de trompetas y en presencia del pueblo. Colon las escuchó con solemne deferencia, y aseguró á Aguado que se hallaba siempre dispuesto á cumplir la voluntad de sus soberanos, cualquiera que fuese.

Esta moderacion inesperada sorprendió á la generalidad y desconcertó á Aguado, que dispuesto á una escena de altercados, esperaba que Colon, en el calor é impaciencia del momento, diria ó haria algo que pudiese presentarse mas ó menos violentamente como injurioso á la autoridad de los soberanos. Quiso, en efecto, algunos meses despues, hacerse por medio de los escribanos públicos que se hallaban presentes, con un informe capcioso de la entrevista; pero la deferencia del Almirante por las cartas reales habia sido demasiado notable para poderse bastardear, y todos los testimonios le fueron altamente favorables. Aguado continuó mezclándose en los negocios públicos, y el respeto con que le trató siempre Colon, y su moderacion en todas sus medidas para apaciguar la colonia, se tomaron como pruebas de su falta de valor moral. Le consideraba el público como caido, y á Aguado como destinado á reemplazarle. No hubo espíritu bajo en la isla, que teniendo real ó imaginaria causa de queja, no se apresurase á manifestarla, y de este modo al paso que daban todos satisfaccion á la malicia, promovian sus intereses; pues disfamando su Almirante, se cautivaban la amistad de Aguado.

Tambien los pobres indios, oprimidos por el do-

minio de los blancos, veian con placer toda mudanza de gobierno, esperando algun paliativo en sus padecimientos. Muchos de los caciques que habian prometido someterse al Almirante despues de la derrota de la Vega, se juntaron en casa de Manicootex, el hermano de Caonabo, cerca del rio Yagui, desde donde dieron una queja formal contra Colon, atribuyéndole todos los males que procedieron de la desobediencia y vicios de sus subalternos.

Aguado consideró concluido el grande objeto de su misión. Habia juntado suficientes informes, segun él creia, para asegurar la ruina del Almirante y de sus hermanos, y se preparó para volver á España. Colon resolvió hacer lo mismo. Conocia que habia llegado el momento de presentarse en la corte, para disipar la tormenta que la calumnia estaba formando contra él. Tenia adversarios tan activos como influyentes ocupados en minar su reputacion y en desacreditar sus empresas; y en su calidad de extranjero, carecia de verdaderos amigos en la corte, que le salvaran de estas maquinaciones. Temia ademas que las calumnias produjesen en el ánimo real efectos fatales á los progresos de sus descubrimientos, y por todas estas razones se hallaba deseosísimo de volver á España para explicar las causas verdaderas de que no hubiesen producido aun sus empresas las ventajas que de ellas se esperaban. Despues de haber estado por espacio de tantos años persuadiendo al género humano de que habia un mundo que descubrir, tenia casi igual trabajo en convencerle de que era útil el descubrimiento. Este es uno de los rasgos mas singulares de su historia.

Quando los buques estaban próximos á zarpar, descargó sobre la isla una terrible tormenta, uno de aquellos negros torbellinos que á veces se levantan entre los trópicos, y que llaman los indios *furicanes*, nombre que con corta variacion conservan todas las lenguas. A cosa del medio dia se levantó un furioso viento de Levante precedido de densas masas de nubes y vapores. Encontrándose con otro viento tempestuoso del Occidente, produjeron los dos un violento choque. Rasgaban las nubes incesantes relámpagos, ó mas bien corrientes de fuego eléctrico. A veces se hacinaban formando altas pirámides; otras bajaban á la tierra llenando el aire de una oscuridad medrosa mas cerrada que las tinieblas de la media noche. Por donde quiera que pasaba el torbellino arrasaba bosques enteros, desnudando todos los árboles de hojas y ramas; troncos de formidable tamaño, que resistian á su impulso, caian arrancados de raíz y eran lanzados á grandes distancias. Arboledas enteras se derrumbaron de los precipicios de las montañas, arrastrando consigo enormes y pedregosos fragmentos, que con horrible estruendo se sepultaban en los valles atajando la corriente de los rios. Los bramidos aterradores del aire azotando las selvas, el retumbo de los truenos, el estrépito de las piedras y árboles y rocas que se hundian, arredraron todos los corazones como si hubiese llegado la hora de la destruccion del mundo. Algunos se refugiaron en las cavernas, porque ya no existian sus frágiles mansiones; y estaban llenos los aires de ramas, árboles y hasta rocas que llevaba en su seno la tempestad. Quando el huracan desplegó en el puerto sus estridentes alas, rompió los cables de los buques, echó tres de ellos á pique con cuanto tenia á bordo. Otros chocaron entre sí y salieron despedazados á la playa vomitados por las olas, que en algunos sitios penetraron tres ó cuatro millas dentro de tierra. Duró el temporal tres horas. Quando cesó y salió el sol de nuevo, se miraban los indios unos á otros con muda admiracion y horror. Jamas, segun las tradiciones de sus antepasados, habia visitado la isla tan espantosa tormenta. Creian que la Deidad enviaba aquel terrible azote para castigar las crueldades y crímenes de los blancos; y afirmaban

que ellos mismos habían movido el aire, el agua y la tierra para perturbar su vida apacible y desolar su isla.

CAPITULO X.

DESCUBRIMIENTO DE LAS MINAS DE HAYNA.

(1496.)

El huracán dió fin á las cuatro carabelas de Aguado y á otras dos que había ancladas en el puerto. El único buque que sobrevivió fue la Niña, y aun este quedó en malísimo estado. Colon dió órdenes para que se reparasen inmediatamente sus averías, y se construyese otra carabela con los restos de las antiguas. Mientras esperaba que estuviesen prontas para hacerse á la vela, le llegaron nuevas de algunas ricas minas de oro en el interior de la isla, cuyo descubrimiento se debía á un incidente bastante romántico. Un aragonés joven, llamado Miguel Díaz, que militaba á las órdenes del Adelantado, habiendo tenido desavenencias con otro español, lo desafió é hirió peligrosamente. Temiendo las consecuencias, buyó de colonia, con cinco ó seis compañeros que habían tenido parte en la querrela, ó eran amigos suyos. Errando sin guía por la isla, llegaron por fin á un lugar indio, en la costa del Sur, cerca de la desembocadura del Ozeana, donde está hoy la ciudad de Santo Domingo. Los recibieron bondadosamente los naturales hospedándolos por algún tiempo. La ciudad estaba mandada por una mujer, que pronto se sintió arder en amor por el joven aragonés. Díaz correspondió á su cariño; las relaciones se estrecharon mas y mas, y ambos vivieron una temporada juntos y dichosos. La memoria de su patria y de sus amigos empezó sin embargo á atormentar el corazón del español. ¡Es tan triste estar desterrado de la vida social, y de la comunión de nuestros compatriotas! Deseaba volver al establecimiento, pero temía el castigo que le esperaba. Su esposa india viéndolo con frecuencia triste y amarrado, penetró con la viveza de una amante la causa de su melancolía. Temerosa de que la abandonase para recobrar la compañía de sus compatriotas, estudió los medios oportunos para atraer á los españoles á aquella parte de la isla. Sabiendo que era el oro lo que mas escitaba la codicia de los blancos, dió conocimiento á Díaz de ciertas minas ricas que había en la vecindad. Le propuso que persuadiese á sus paisanos á abandonar las estériles é insalubres cercanías de Isabela, y á establecerse en las fértiles márgenes del Ozema, prometiéndole que serian recibidos con la mas cordial hospitalidad. Acogió Díaz con entusiasmo esta idea. Hizo averiguaciones acerca de las minas y se convenció de que abundaban en oro. Observó la feracidad y belleza del pais, la excelencia del rio y la seguridad del puerto en que desembocaba. Se lisonjeó de que la comunicacion de tan buenas nuevas le obtendría el perdón del Adelantado. Con estas esperanzas tomó algunos guías de entre los naturales, y despidiéndose de su amada por breve tiempo, salió con sus compañeros por en medio de los desiertos para la colonia, que distaba unas cincuenta leguas. Supo con júbilo al llegar que su adversario había curado de la herida, lo que le inspiró nuevo valor para presentarse al Adelantado, pensando, como hemos dicho, que sus noticias le procurarían el perdón. No se equivocó. El Almirante deseaba mudar la colonia á situación mas sana y ventajosa, y queria ademas llevar á España pruebas concluyentes de la riqueza de la isla, como el mas eficaz medio de imponer silencio á los depresores de su honra. Siendo ciertas las noticias de Miguel Díaz, podia satisfacer ambos deseos. Tomó inmediatamente medidas para averiguar la verdad, saliendo él en persona para visitar el rio Ozema, acompañado de Miguel Díaz, Francisco de Garay, los guías indios y algunos soldados bien armados. Pasó de Isabela á la Magdalena, y de allí, atravesando la Vega Real, al fuerte de la Concep-

cion. Continuando despues hácia el sur, llegó la comitiva á una sierra que atravesó por un desfiladero de dos leguas de largo, y descendió á la bella llanura de Bonao. Poco tardó en llegar al rio Hayna, que regaba un fértil pais y cuyas corrientes contenian todas mucho oro. En la márgen occidental de este rio, á ocho leguas de su embocadura, halló el Adelantado oro mas abundante y en partículas mayores que cuantas había visto en parte alguna de la isla, inclusa la provincia de Cibao. Todos los experimentos que hicieron los expedicionarios en varios lugares á unas seis millas en contorno fueron coronados de un buen éxito. El suelo parecia generalmente impregnado de oro; de suerte que un trabajador vulgar, con moderados esfuerzos, podia juntar diariamente tres dracmas. En muchos sitios observaron profundas escavaciones á manera de pozos, que parecian indicar que se habían explotado las minas en tiempos antiguos; circunstancia que les causó mucha admiracion, por no conocer los naturales la mineralogia, y no extraer mas que las partículas que hallaban en la superficie del suelo ó en los lechos de los rios.

Los indios de los contornos recibieron á los blancos con su prometida amistad, y resultaron exactos en todos conceptos los informes de Miguel Díaz. No so o fue perdonado, sino que obtuvo gran favor, empleándole en varias funciones que desempeñó siempre con celo y fidelidad. Guardó constante fé á su mujer india, de quien, segun Oviedo, tuvo dos hijos. Charlevoix supone que estaban legalmente casados, y que seguramente se bautizó la potentada, pues se la designó constantemente con el nombre cristiano de Catalina.

Cuando volvió el Adelantado con tan favorable informe y con las muestras de oro, descansó el agitado pecho del Almirante. Dió órdenes para que se erigiese desde luego una fortaleza en las márgenes del Hayna, en las cercanías de las minas, y para que se explotasen estas con actividad. Las aparentes trazas de antiguas escavaciones dieron nuevo alimento á sus doradas congeturas. Ya había creído antes que podia ser Española el antiguo Ofir. Entonces se lisonjeaba de haber descubierto las mismas minas de donde sacaba el rey Salomon el oro para la edificación del templo de Jerusalem. Suponia que sus buques habrían pasado por el golfo de Persia, y cerca de Trapobana para llegar á esta isla, que segun su idea, estaba enfrente del extremo del Asia, porque tal creía firmemente que fuese Cuba.

Es probable que en estas congeturas Colon concedía libre vuelo á la fantasía por el lustre que á sus empresas daban, y por lo mucho que podrian vivificar el amortiguado interes del público. Confesando, empero, su error en considerarse cerca del Asia, error muy natural en el imperfecto estado de la ciencia geográfica, todas las suposiciones consecuentes estaban muy lejos de poderse llamar extravagantes. El antiguo Ofir se creía situado en el Oriente; pero su posición precisa era punto de controversia entre los doctos, y es aun una de aquellas dudosas cuestiones, acerca de las cuales se ha escrito demasiado para que sea posible aclararlas jamas.

LIBRO IX.

CAPITULO PRIMERO.

VUELTA DE COLON A ESPAÑA CON AGUADO.

(1496.)

ESTANDO ya concluida la nueva carabela, llamada Santa Cruz, y reparada la Niña, tomó Colon disposiciones para su inmediata partida, ansioso de libertarse de la petulancia de Aguado, y de sacar de la colonia una turba de facciosos y descontentos. Nombró á su hermano D. Bartolomé comandante de la isla, con

el título que ya le había concedido de Adelantado, debiendo sucederle en el caso de su muerte su hermano D. Diego. El 10 de marzo las dos carabelas, en una de las cuales se embarcó Colon, y en la otra Aguado, se hicieron á la vela para España. A consecuencia de las órdenes de los soberanos, todos los que no eran necesarios en la isla, y algunos que deseaban visitar á sus parientes en España, volvieron en las carabelas, que conducian doscientos y veinte pasajeros, enfermos, ociosos, libertinos y turbulentos habitantes de la colonia. Jamas volvió de tierra de promision chusma mas miserable ni mas desengañada.

Tambien iban á bordo treinta indios, entre ellos el antes temible cacique Caonabo, y un hermano y sobrinos suyos. El cura de los Palacios afirma que Colon había prometido al cacique y á su hermano volverlos á su pais y á su poder, despues de haber visitado á los reyes de Castilla. Tal vez esperaba Colon, manifestándoles las maravillas de España, la grandeza y fuerza de sus soberanos, y por medio de un trato benévolo, grangearse su amistad, y convertirlos en importantes instrumentos para conseguir en la isla un dominio pacífico y seguro. Caonabo, empero, era una de aquellas naturalezas vigorosas y fieras que no pueden ser domadas. Permaneció en el cautiverio sañudo y amarrado. Tenia demasiada penetracion para no comprender que su gloria se había eclipsado para siempre; pero conservó su altanería en medio de su despecho.

No práctico aun Colon en la navegacion de aquellas mares, en vez de tomar el rumbo del Norte, para llegar al término de los vientos occidentales; tomó al dejar la isla el rumbo del Oriente. Le sugirió esta idea la circunstancia de haber pasado casi todo el viaje luchando trabajosamente contra los vientos constantes y las calmas que prevalecen entre los trópicos. El 6 de abril estaba aun en las inmediaciones de las islas caribes, con sus tripulaciones fatigadas y enfermizas, y las provisiones que iban escaseando; por lo que viró al Sur, para tocar á la mas importante de aquellas islas, y buscar en ella provisiones. El sábado 9 ancló en Marigalante, y al dia siguiente se hizo á la vela para Guadalupe. Era contrario á su costumbre llevar anclas en domingo cuando se hallaba en el puerto, pero la gente murmuraba diciendo que cuando se trataba de comer, no era oportuno andarse en escrúpulos de día de fiesta.

Anclando en la isla de Guadalupe, se envió á tierra el bote bien armado, para prevenir cualquier ataque de aquellas marciales gentes. Antes de llegar á tierra, salió de los bosques para oponerse al desembarco multitud de mujeres denodadas, armadas con arcos y flechas y adornadas con plumas. Como la mar era gruesa y grande la resaca, se mantuvieron lejos los botes, y dos indios de Española fueron nadando á la orilla. Habiendo explicado á las Amazonas que los españoles solo buscaban provisiones, y que por ellas darían artículos de mucho valor, se refirieron las mujeres á sus maridos, que estaban al extremo Norte de la isla. Al ir allí los botes, aparecieron en la costa numerosas bandadas de indígenas, manifestando la mayor ferocidad, lanzando terribles alaridos y descargas de saetas, que afortunadamente caian al agua mucho antes de llegar al bote. Pero como este seguía acercándose á tierra, se ocultaron en un bosque, precipitándose con horribles gritos sobre los españoles en el momento de desembarcar. Una descarga de armas de fuego los hizo retroceder aterrados á las selvas y montañas, y no halló el bote mas oposición. Entraron en sus desiertas habitaciones los españoles, y empezaron á destruir y robar, contra las precisas órdenes del Almirante. Entre otros artículos hallaron miel y cera, que supone Herrera habría venido de tierra firme; pues aquellas gentes aventureras traian de sus expediciones los productos

de paises distantes. Fernando Colon dice que tambien había hachas de hierro en sus casas: pero probablemente eran de una especie de piedra dura y pesada, que, como ya se ha dicho, se parecia bastante al hierro, ó se las habrían procurado de sitios visitados previamente por los españoles, pues está generalmente admitido que no habían los indios usado jamas hierro antes del descubrimiento. Los marineros dijeron tambien, que en una casa habían visto un brazo humano asándose al fuego en un asador. Este es otro de aquellos hechos repugnantes que requieren autoridad mas sólida para merecer crédito. Los marineros habían cometido odiosas devastaciones y tal vez buscaron este pretesto para cohonestar su conducta á los ojos del Almirante.

Mientras en tierra se empleaba alguna gente en acopiar leña y agua, y hacer pan de casaba, despachó Colon á cuarenta hombres bien armados, para explorar el interior de la isla. Volvieron los expedicionarios al dia siguiente con diez mujeres y tres niños que habían capturado. Las mujeres eran robustas y ágiles, venian desnudas, con el cabello largo y suelto por la espalda. Entre ellas se hallaba la esposa de un cacique, mujer de considerables fuerzas y varonil resolución. Al acercarse los españoles, había huido con tal velocidad que al poco tiempo dejó muy distantes á sus perseguidores, exceptuando á un isleño natural de las Canarias, célebre por su estrema ligereza. Hubiera á pesar de todo escapado tal vez, pero viendo que la perseguia un hombre solo, le hizo cara repentinamente, le asió con maravillosa fuerza, y le hubiera ahogado, á no llegar los españoles, que la apresaron empeñada en la lucha. El espíritu belicoso de las mujeres caribes, y la circunstancia de hallarlas regimentadas y armadas defendiendo las fronteras en ausencia de sus maridos, inspiraron á Colon repetidas veces la errónea idea de que algunas de aquellas islas estaban habitadas solo por mujeres; error en que, como hemos visto le habían hecho incurrir de antemano los cuentos de Marco Polo, respectivos á la isla de las Amazonas, cerca de la costa del Asia.

Habiendo permanecido varios dias en estas islas, y reunido pan de casaba para tres semanas, se preparó Colon á zarpar. Como Guadalupe era la mas importante de las islas caribes, y hasta cierto punto la llave de las otras, trató de asegurarse la amistad de sus habitantes. Libertó al efecto á todos los prisioneros y les colmó de dádivas para compensar los destrozos que se habían hecho. La mujer del cacique no quiso volver á tierra, prefiriendo quedarse en compañía de los naturales de Española que iban á bordo, y se llevó consigo á una hija joven. Se había enamorado de Caonabo, desde que supo que era natural de las islas Caribes. El carácter é historia del célebre cacique, habían cautivado el corazón de aquella mujer intrépida.

Saliendo de Guadalupe el 20 de abril, y manteniéndose á unos veinte y dos grados de latitud, las carabelas se abrieron de nuevo su trabajoso camino contra la corriente de los vientos constantes, de modo que el 20 de mayo, despues de un mes de fatiga, aun les quedaba que hacer una gran parte de su viaje. Las provisiones escaseaban ya de tal modo, que Colon redujo la racion de todos los individuos que había á bordo á seis onzas de pan y cuartillo y medio de agua al dia: á medida que avanzaban, era mayor y mas severa la escasez, pareciendo mucho mas terrible por ignorarse la verdadera situación de los buques. Iban muchos pilotos en las carabelas; pero estando principalmente acostumbrados á la navegacion del Mediterráneo, ó de las costas Atlánticas, se hallaban completamente desorientados, y no sabian hacer sus cálculos en una travesía por el ancho Océano. Cada cual tenia su opinion particular, y to-